



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 N° 16 MARZO DE 2009

“COMPRENDIENDO A DON MIGUEL DE UNAMUNO”

AUTORÍA AMPARO BUSTOS ZARAGOZA
TEMÁTICA LITERATURA: ENSAYO
ETAPA BACHILLERATO.

Resumen: A través de un comentario libre al séptimo capítulo de “El sentimiento trágico de la vida”, se quieren establecer en este artículo las claves de comprensión de la obra íntegra del literato y filósofo, centrandó su descripción, como no podría ser de otra manera, en la sed de Dios y el tema consecuente de la inmortalidad.

Palabras clave

Inmortalidad

Razón

Intrahistoria

Vida

Muerte

Dios

1. INTRODUCCIÓN

La mayor parte de los ensayos y artículos de Unamuno refleja la evolución de su pensamiento y su fuerte y contradictoria personalidad. Los ensayos de Unamuno, marcados por razonamientos subjetivos y la expresión de su mundo personal, conforman una especie de autobiografía espiritual.

En 1897, una crisis religiosa lo alejó de sus preocupaciones sobre el progreso y la europeización de España. Empieza entonces un debate entre la fe y la razón y se observa ya la inclinación del escritor hacia sus definitivas posiciones idealistas, aunque siempre se preocupó por lo que sucedía en España.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 16 MARZO DE 2009

Del sentimiento trágico de la vida

Este ensayo de 1913 constituye una obra central en el pensamiento de Unamuno sobre la vida humana. La búsqueda angustiada de la inmortalidad personal implica la lucha entre la razón, que nos hace conscientes de nuestra desaparición, y la fe, que apoya el anhelo de inmortalidad. La fe y la conciencia son resultado del esfuerzo y de la creación personales, una lucha a través de la cual el ser humano crea a dios, quien a su vez crea a los hombres.

Seleccionaremos en primer lugar un texto de la obra “Del sentimiento trágico de la vida” donde Unamuno expone su punto de vista sobre la fe. Este fragmento sirve para introducirnos de forma general en su obra, para entender mejor las claves de ésta. Posteriormente nos detendremos en el capítulo VII.

¿Existe Dios?

“No es, pues, necesidad racional, sino angustia vital, lo que nos lleva a creer en Dios. Y creer en Dios es ante todo y sobre todo, he de repetirlo, sentir hambre de Dios, hambre de divinidad, sentir su ausencia y vacío, querer que Dios exista. Y es querer salvar la finalidad humana del universo. Porque hasta podría llegar uno a resignarse a ser absorbido por Dios si en una Conciencia se funda nuestra conciencia, si es la conciencia el fin del universo. [...]”

Y ahora viene de nuevo la pregunta racional –esfíngica-, la Esfinge en efecto, es la razón de: ¿existe Dios? Esa persona eterna y eternizadora que da sentido –y no añadiré humano, porque no hay otro- al universo, ¿es algo sustancial fuera de nuestra conciencia, fuera de nuestro anhelo? He aquí algo insoluble, y vale más que así lo sea. Bástele a la razón el no poder probar la imposibilidad de su existencia.

Crear en Dios es anhelar que lo haya y es además conducirse como si lo hubiera; es vivir de ese anhelo y hacer de él nuestro íntimo resorte de acción. De este anhelo o hambre de divinidad surge la esperanza; de esta, la fe, y de la fe y la esperanza, la caridad; de ese anhelo arrancan los sentimientos de belleza, de finalidad, de bondad.”

Miguel de Unamuno

“Del sentimiento trágico de la vida”. Austral.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 N° 16 MARZO DE 2009

En este fragmento Unamuno da su respuesta a la existencia de la fe, para él creer en Dios supone desear que exista y de ahí surge la esperanza.

En su producción novelística Unamuno expresó los temas que lo obsesionaban: la afirmación de la personalidad, la lucha contra el instinto, la muerte, la necesidad de Dios... Hay una novela que plantea la angustia del hombre ante la muerte y la necesidad de creer en un más allá : "San Manuel Bueno , mártir". Publicada en 1930, plantea la pérdida de fe de don Manuel Bueno, un cura rural que sustituye su falta de fe por la voluntad de creer. La novela es narrada por una de sus feligresas, Ángela Carballino, pero al final se incorpora un nuevo narrador que relaciona este relato con otras novelas de Unamuno (intertextualidad), apela al lector y reflexiona sobre la novela (metanovela). En ese párroco vemos reflejada la angustia del autor ante la muerte y el hecho de que no haya nada más después de esta vida. El problema de la inmortalidad está presente en algunas de sus obras.

2. COMENTARIO DE TEXTO DEL CAPÍTULO VII : "DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA"

El texto seleccionado que hemos querido comentar envuelve en sí no sólo un pequeño tratado de Teodicea, es decir, una indagación en la posibilidad o imposibilidad de Dios, sino, sobre todo, una declaración vital unamuniana en la verdad que emerge de las situaciones de dolor y en el poder creativo de esas experiencias en el ser humano. El texto, en cuanto tal, quiere ser, como ya decimos, una aproximación a qué sea Dios, un Dios que escapa a la razón, pero que es Conciencia; un Dios que tiene que ver con el Universo, pero que está preso por la materia. En suma un Dios que se parece mucho al hombre. Nos dice Unamuno:

"El dolor es el camino de la conciencia y es por él como los seres vivos llegan a tener conciencia de sí. Porque tener conciencia de sí mismo, tener personalidad, es saberse y sentirse distinto de los demás seres, y a sentir esta distinción sólo se llega por el choque, por el dolor más o menos grande, por la sensación del propio límite. La conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación. Me siento yo mismo al sentirme que no soy los demás; saber y sentir hasta dónde soy, es saber dónde acabo de ser, y desde dónde no soy. Compadecemos a lo semejante a nosotros, y tanto más lo compadecemos cuanto más y mejor sentimos su semejanza con nosotros. Y si esta semejanza podemos decir que provoca nuestra compasión, cabe sostener también que nuestro repuesto de compasión, pronto a derramarse sobre todo, es lo que nos hace descubrir la semejanza de las cosas con nosotros, el lazo común que nos une con ellas en el dolor".

El descubrimiento de Dios, de un Dios muy peculiar, el suyo, va unido en Unamuno a la experiencia real de su dolor por la pérdida de un hijo. sólo el dolor despierta conciencia ("Es el dolor la fuente"). Su hijo enfermo se llamaba "Raimundo" ("raíz del mundo": el dolor). Es el dolor el "gran despertador" y la conciencia es anhelo de inmortalidad: de querer-ser, de no dejar de ser, de querer seguir siendo. Estamos en un contra epicureísmo, porque si bien Epicuro meditaba sobre la muerte, ésta merecía la pena en



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 16 MARZO DE 2009

cuanto obviada, en tanto que extraído su aguijón con el olvido, sin embargo Don Miguel defiende un mirar a los ojos a la Esfinge que es el misterio de la muerte, el que se adelanta en el dolor.

Unamuno descubre que él mismo, el creador de una lógica (la Lógica interpretativa de lo intrahistórico en su primera época) no vive dentro de su Lógica. Su lógica no le sirve para vivir. Sólo el dolor del inocente puede ser fuente de “metáforas de sentido”. No todo sentido se acoge a la Lógica de los Principios Lógicos.

La vida rechaza instintivamente el auxilio de la razón. La razón es asesina de la vida. lo real no es absurdo, pero es contrarracional. El sentimiento radical = sentimiento trágico de la vida (y de los pueblos) descubre que la veracidad de las lógicas seculares o religiosas no convence y nace la sinceridad: no hay explicación para lo más importante. Sin embargo, continuamos con sus propias palabras:

“El hombre no se resigna a estar, como conciencia, solo en el Universo, ni a ser un fenómeno objetivo más. Quiere salvar su subjetividad vital o pasional haciendo vivo, personal, animado al Universo todo. Y por eso y para eso han descubierto a Dios y la sustancia, Dios y sustancia que vuelven siempre en su pensamiento de uno o de otro modo disfrazados. Por ser conscientes nos sentimos existir, que es muy otra cosa que sabernos existentes, y queremos sentir la existencia de todo lo demás, que cada una de las demás cosas individuales sea también un yo”.

En el centro de un yo consciente, esto es, de una personalidad dolorida: en mi 'MEMORIA', se manifiesta un 'Dios doloroso' como 'inmortal anhelo de inmortalidad'. Mi anhelo es esta memoria mía que lucha por hacerse esperanza. En el “ápice del alma” no hay ningún 'maestro interior' (como dijera San Agustín) sino el resorte del dolor, con recuerdos “de ultracuna” que nos manda ser siempre, que no nos resigna ante la nada, que anda siempre 'buscando crearse un alma'.

Ese querer seguir siendo (anhelo que es nuestra esencia actual) es querer seguir sufriendo: no hay eternidad como plenitud, no hay nueva creación, tal vez sí como infancia recuperada, donde la existencia no era problemática, pero infancia consciente: dolor que se eterniza para seguir sintiéndose vivo. “Mi buitre” como acertada y prometeicamente dice nuestro autor.

Mi yo lucha sin embargo contra la explicación: mi razón sigue trabajando con lo contrarracional, porque sólo lo contrarracional da vida. No hay motivos de acción que no partan del corazón, porque los otros motivos (los al uso) sí que parten el corazón, no sacian. Los verdaderos motivos son creación de nuestra fantasía.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 N° 16 MARZO DE 2009

La fantasía es nuestra facultad fundamental: la capacidad de descubrir personas donde sólo percibimos individuos: es nuestra 'intuición social'. Sólo socialmente se vive el dolor. El dolor es del 'nosotros', se vive en compañía y se conoce al acompañante porque se duele con él: compadecemos quiere decir que con-dolemos. Nuestra propia lucha por acrecentar la conciencia es la que nos hace descubrir que quizás las cosas estén también en lucha incesante de concientización y que al oír un grito de dolor de mi semejante mi propio dolor se despierte y grite en el fondo de mi conciencia.

El amor personaliza todo cuanto ama y sólo compadecemos lo que nos es semejante o es el amor mismo el que nos revela esas semejanzas que antes no veíamos.

“Hemos creado a Dios – nos dice el propio Unamuno - para salvar al Universo de la nada, pues lo que no es conciencia y conciencia eterna, consciente de su eternidad y eternamente consciente, no es nada más que apariencia. Lo único de veras real es lo que siente, sufre, compadece, ama y anhela, es la conciencia; lo único sustancial es la conciencia. Y necesitamos a Dios para salvar la conciencia”.

Este sentir, lo único real al cabo, nos sale de la hondura del ser que 'remeja' la fantasía avivada por el dolor. Por eso Dios no es objeto de la razón teórica, pero tampoco nace del deber (no es objeto de la razón práctica) sino que lo es de la fantasía. El hombre es “animal fantástico”, por eso “proyectamos a Dios”. creemos en él, porque le creamos.

Esta proyección no es como la de Feurbach: no es que nuestra debilidad proyecte a un ser todopoderoso. Se dan en Unamuno varios elementos siempre dualísticos o alternativos:

1.-Hay en nosotros hambre y amor. Las cosas materiales se dan a nuestro conocimiento por nuestra Hambre. Del hambre brota en nosotros el Universo donde las encuadramos. Pero hay cosas ideales - que necesitan ser para que las otras sean comprendidas, no explicadas - y esas brotan del Amor y así del amor brota Dios, en quien enmarcamos esas cosas espirituales como conciencia del universo.

2.-O proyectamos amando/doliéndonos/compadeciendo las cosas y así las hacemos vivir en nosotros o bien las proyectamos a partir de nuestra envidia y las hacemos entonces desaparecer ante nuestro yo devorador. De aquí nace una Ética, donde la actitud global la dicta el sentimiento que es el anclaje verdadero en la realidad para “el hombre de carne y hueso”.

3.-La proyección es un mandato de esa ética: 'Proyectar' es personalizar - opuesto a individuar-. personalizar es poder ver lo efímero de todas las cosas que están encerradas en los límites del tiempo.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 16 MARZO DE 2009

En esta ética aflora una estética peculiar: sentir la belleza es compadecer la fugacidad de las cosas. Por eso sentir la belleza amplía nuestra capacidad de dolor y de amor, de amarlas porque nos duelen. Nos duele que acaben. Y todo va a acabar. Todo.

“Sentir la totalidad” (“totalidad” es la vida que no alcanza ninguna Biología racional) es precisamente el sentimiento trágico: es sentir al mundo doliente. Supone que el conocimiento no es de partes (el análisis no alcanza el saber) sino que es de totalidad. Supone colocar el yo en todas las cosas, pero esto requiere eternidad. La belleza es lenitiva contra el dolor pero despierta la nostalgia de eternidad.

La conciencia nos abre a un mundo ideal al hacer que choquemos con “lo involuntario”(en terminología de Paul Ricoeur). Lo involuntario es, como el amor, otro nombre para el dolor. El mundo ideal se convierte en producto social (dolor compartido). Dios es un producto social: “dolorosa trinidad”, cuya hondura de misterio no está en lo de “Trinidad” sino en lo de “dolorosa”. Dios se duele del mundo, sufre con el mundo, se compadece con el mundo, lo personifica. Esto es sinceridad. Este es el Dios verdadero. No el de la Teología racional. Es el Dios en quien se cree porque hemos necesitado crearlo, no como adorno inútil de un falso conocimiento.

Porque nos sentimos conciencia - y conciencia colectiva -, sentimos a Dios conciencia - y conciencia trinitaria -. Conciencia quiere decir persona y porque anhelamos que nuestra conciencia pueda vivir y ser independiente del cuerpo, creemos que la persona divina vive y es independiente del Universo. Creemos que existe Dios por querer que exista.

La dinámica de la personalización nos lleva a ser limitados respecto a los demás pero querer también serlo todo al mismo tiempo. Eso es lo que proyectamos en Dios y es Dios mismo quien en nosotros obra ese anhelo de personalización porque en nosotros “lo sufre”.

La “dialéctica del dolor-conciencia o amor-personalización” (tan racional en el fondo) va unida a una necesidad de saber: sólo necesita saber quien le duele saber, quien necesita pensar no como adorno sino para buscar finalidad a la vida, quien sabe que sólo se conoce lo que previamente hemos amado y sólo hemos amado lo que hemos hecho, compartido y dejado morir con dolor.

Sólo nos queda “o el dolor o la nada”, o “negar la alteridad o compadecerla”. El mal moral es la envidia, pero el mal radical es la inercia o la pereza: el no tener ganas de seguir, el olvido del prójimo, el tirar la toalla y abrigarse ficticiamente en una certeza.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 16 MARZO DE 2009

La conciencia de Dios es también anhelo y creación de alma, por eso lucha contra la materia. Unamuno es radicalmente dualista (hambre o amor; razón-fantasia; personalizar-individuar; envidia-compasión; mundo ideal-materia). el monismo es destructivo: es el mundo simplificado de la razón (es, por desgracia, el lenguaje de la ciencia). También Dios, de modo contrarracional, 'agoniza' contra-reloj (en el tiempo y fuera del tiempo).

Nuestra conciencia espeja esa eterna e infinita lucha que trata de compadecer todo para irlo rescatando de la nada. Nosotros compadecemos, es decir, sufrimos con todo y así lo hacemos relevante. Lo que no inspira tu compasión, no existe. Dios personaliza (ama y se duele con) todo y así nuestra memoria espera salvarse de la nada: ser Dios sin perderse en Dios.

El hombre no se resigna a estar como conciencia sólo en el universo ni a ser un fenómeno objetivo más. Quiere salvar su subjetividad haciendo vivo al universo. "Dios y sustancia" desde Spinoza, como ya hemos citado antes ampliamente, vuelven una y otra vez por eso al pensamiento disfrazados de una u otra manera. Ser es 'ser percibido' (berkeley) y además "hacer que otra persona perciba al que es". Como en Kant, a los reales y posibles 'Job' es de justicia que debe contemplarles Alguien.

Para Unamuno Dios y el hombre se hacen mutuamente: Dios se revela en el hombre, en el dolor- amor del hombre y el hombre se hace en Dios. Es la experiencia propia: " al ir hundiéndome - nos dice - en el escepticismo racional y en la desesperación sentimental, se me encendió el hambre de Dios y quise que hubiera Dios...y Dios no existe sino que está sustentando nuestra existencia existiéndonos." Dios sólo renace en nosotros cuando en el corazón lo sentimos como persona viva, como Conciencia: conciencias subhumanas, conciencia colectiva del nosotros y acaso – santa ilusión - conciencia sobrehumana.

Crear en Dios es anhelar que lo haya y es además: conducirse como si lo hubiera: ese anhelo se convierte en Unamuno en algo más que la apuesta Pascaliana: en íntimo resorte de acción que abre al futuro, a la esperanza, al fin. La conciencia es siempre anticipación de futuro.

Nuestras doctrinas nacen de nuestro fondo: un fondo vital (recuperación desde el arrastre MitoPoético-prerracionalidad del Lenguaje- del fondo 'marino' intrahistórico) que nos llama a personalizar o despersonalizarnos, es el que nos justifica o nos destruye. Para sentir y sustentar el "para qué" último necesitamos a Dios, por eso lo hemos hecho real porque lo único que de verdad es real es lo que siente, sufre, compadece, ama y anhela.

Se evidencia una evolución desde "En torno al casticismo" al "Sentimiento Trágico". No es sólo la "conversión" a los dualismos, es el cambio de sentido de la visión freudiana, o mejor Jungiana de la



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 N° 16 MARZO DE 2009

historia colectiva, donde lo divino era un océano inconsciente en un esquema que buscaba racionalidad, a algo diferente: un cuadro no definible, por no ser racional (por no quererlo matar por la razón) donde la búsqueda de concienciación es una necesidad universal y donde la Conciencia del Universo se identifica con Dios.

El sueño (acaso el sueño de un sueño como en Machado) es quedar en el seno de Dios. Porque a él es posible enriquecerle, ya que no nos es posible pensar la aniquilación de nuestra conciencia ni un estado en que estuviéramos existiendo antes de ser engendrados (una reencarnación). Por tanto, salimos de la nada y enriquecemos con algo a Dios. Con lo que hemos sufrido y amado realmente enriquecemos a un Dios que más que pensar, básicamente sufra y ame.

Pero es el Universo Consciente el que ha amado y sufrido en sus partes que somos nosotros. Por lo cual la conclusión (si es que hay conclusiones en Unamuno) debe ser tan clarividente como sufriente y puede aproximarse al epitafio del filósofo Kant en Königsberg: "El universo estrellado sobre mí, la ley moral en mí". En versión unamuniana lo encontramos en uno de sus poemas titulado DEDICATORIA:

"Yo sólo en el Universo,
perdido en contemplación
y el Universo está sólo
de mi pecho en el hondón."



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 16 MARZO DE 2009

BIBLIOGRAFÍA

- Unamuno ,M. (1997). *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Madrid : Alianza editorial.
- Salcedo, E. (1964). *Vida de don Miguel* .Salamanca :Editorial Anaya.
- Marías ,Julián. (1943). Miguel de Unamuno. Madrid: Espasa Calpe.
- Blázquez J.(2007). *Miguel de Unamuno y Bernardo G. de Candamo: Amistad y Epistolario (1899-1936)*. Madrid: Ediciones 98.
- Laín Entralgo, P. (1988). *Cajal, Unamuno, Marañón. Tres españoles*. Madrid: Galaxia Gutemberg..
- Unamuno, M. (2007). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid : Colección Austral.

Autoría: Amparo Bustos Zaragoza.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 16 MARZO DE 2009

IES Cástulo. Linares (Jaén)

E-mail: amparobustos01@yahoo.es